

bebiendo en el chorro de los regatos, comiendo moras silvestres; o a veces, en lo alto de un cerro, desmontado, suelta la rienda, contemplaba pensativamente los valles, los caminos serpenteando por las laderas remotas, los horizontes lejanos, pensando en el mundo tan variado que había más allá. A la noche se recogía, enfangado, con zarzas en la ropa, un fuerte olor de matorral y de sierra, la mirada muy brillante; y era él quien entretenía la velada, conversando, y con tanta verdad y saber, y contando tan bellas historias, y con una tan perfecta gracia en el decir, que al padre y a la madre, embebidos, ya les parecía oír la sabiduría de un misal, ya la dulzura de un cántico...

IV

Pero a poco el señor don Gil comenzó a andar pensativo. Ya no gastaba entonces todo el día en los campos; sino que solo a cierta hora, la más cálida, cuando todos descansan, él mismo arreaba su caballo y partía sin ruido, como si temiese ser notado hasta de los caballerizos. Después, cuando regresaba, un brillo de singular felicidad aureolaba su rostro tan lindo; pero durante toda la velada permanecía callado, como en un dulce y dichoso cansancio, que a veces cerraba sus largas pestañas negras, mientras don Ruy, grave

en su silla de respaldo, acariciaba la barba grisácea y doña Teresa, ya más pesada, retardaba los hilos lentos de su tapicería. A veces, como si la sala, iluminada por dos antorchas, le ahogase, abría las maderas de la ventana y sentado en el repecho de piedra miraba las estrellas o la luna, pensativamente...

Ciertas noches hasta salía al patio, donde la lentitud pensativa de sus pasos revelaba alguna cavilación muy honda de su alma; y la madre, que, dejando escurrirse la tapicería, le iba a acercar entre los cristales, sentíale a veces suspirar, y con suspiros que no eran tristes. Sus libros yacían en la torre cerrados y cubiertos de polvo... Y su ocupación era recorrer el jardín, donde a veces cogía un botón de rosa que guardaba en el seno del jubón.

Quiso entonces aprender la viola y el canto, como si las cosas vagas y sin nombre que le torbellineaban en el alma sólo pudiesen ser traducidas por la dulzura del tañer y del trovar. Y ahora, muchas noches, cuando todo el caserón dormía, y dormía el río y el valle y en la tierra no se veía luz, fuera de la lámpara que ardía en el crucero del viejo puente romano, Gil, a la ventana de su cuarto, soltaba en el silencio y en la obscuridad suave una dulce vibración de cuerdas y un murmullo de endecha en que vagamente cantaba de una selva, de una fuente clara y del alma que se le había quedado allí...

Era, en efecto, hacia una selva frondosa, a un manantial de agua viva, adonde todos los días, a la hora de la siesta, encaminaba el galope de su alazán aragonés. Quedaba ese dulce sitio en el fondo de un valle desde donde nada se veía, entre el arbolado que lo rodeaba, sino el hermoso azul del cielo benéfico. Un agua fría salía entre las rocas y, cayendo de piedra en piedra, formaba un riachuelo claro que iba cantando y huuyendo, bajo el ramaje de la gran arboleda. Pero en un sitio donde los árboles clareaban, el agua, más lisa y ancha, hacía un remanso, como un lago pequeñito, y de allí subía desde la margen húmeda y florida de margaritas hasta la cima de un dulce otero una hierba igual y tierna, donde los ganados podían pastar...

Allí desmontaba don Gil, ataba su caballo a un tronco de árbol, y si todo estaba desierto tocaba su bocina. Bien aprisa ladraba un mastín, y por lo alto del otero, redondo y verde, aparecía una pastora, con la rueca a la cintura y con ella un rebaño de ovejitas. Ambos sonreían ruborizándose, la pastora y el señor don Gil. Y mientras el ganado bebía en el agua clara, ambos se sentaban en la hierba, a la sombra de la misma haya que los había cobijado en la tarde en que don Gil, viniendo allí a descansar de una larga correría por las sierras, había encontrado a la pastora en el momento en que una nube enorme pasaba y de ella caía un gran chubasco...

Desde entonces, todas las siestas se encontraban allí, en la misma hierba se sentaban, y aun sin que se hablasen, sólo por sentirse juntos uno de otro en aquella soledad, bajo las sombras que en la víspera les habían cubierto, sus ojos, brillando y riendo, se humedecían de felicidad... Un pobre zurrón de estameña, ceñido a la cintura por una cuerda, era todo el vestuario de la pastora; al través de los desgarrones que en él había hecho las zarzas brillaba la piel de su pecho y de su rodilla, con la blanda blancura de un mármol fino, y bajo los cabellos despeinados, en el rostro lindo que habían curtido el aire de la sierra y el sol, el azul de sus ojos grandes tenía el brillo divino del azul del cielo y la gracia tímida del azul de los miosotis. Gil sólo sabía que se llamaba Solena y que servía de pastora, desde pequeña, a un viejo que tenía su granja más allá de las colinas. Sentados en la hierba fresca, tenían largos silencios; él cogía la mano de su amiga y hacía girar sonriendo un pobre anillo de plomo que le adornaba el dedo; ella levantaba de la hierba el gorro de Gil y acariciaba las plumas blancas que le adornaban... Retozando, ella lavaba en el riachuelo claro sus pobres pies, que la sierra había endurecido, y él cogía flores silvestres que le metía riendo en los cabellos. El cuidado de ambos era saber si habían pensado uno en otro; y bajito, con los

dedos enlazados, contaban los sueños que les habían encantado la noche...

Nunca Gil hablaba de la rica y noble casa solariega que habitaba; pero ella de fijo lo consideraba como hijo de un Rey, igual al de una historia de hadas que sabía, porque a veces le decía: "Un día te vas y no vuelves más..." El juraba muy grave que pasarían la vida juntos, sentados en aquella hierba, viendo correr el agua clara...

Las ovejas blancas pastaban por la ladera. El mastín dormía al lado de Solena. Y ella, entonces, cogiendo una rodilla entre las manos, con sus claros ojos alzados hacia los ramajes quietos, comenzaba a cantar... Y era tan dulce el cantar y tan linda la canción, que Gil se ponía a pensar en cantos que había oído a las ayas cuando era pequeño, y en los cuales hadas adorables toman la forma de pastoras y cantando como Solena cantaba, atraen hacia lo alto de las sierras a los caballeros que pasan. ¡Cómo iría él contento, aunque fuese hacia la muerte, llevado por ella!... Entonces, como estaba tan cerca, sumergía sus ojos en los de ella, respiraba su respiración; el seno pequeñito de Solena palpitaba bajo la dura estameña... Un éxtasis que estaba lleno de dulzura y tristeza invadía sus dos corazones... Ambos sentían como deseos de llorar... Y a veces ambos se apartaban bruscamente, como avergonzados; él, yendo a golpear en el pescuezo

de su corcel, que escarbaba impaciente la hierba; ella, dando unos pasos a lo largo del riachuelo, con su rueca e hilando con los dedos tan trémulos, que el hilo se le caía en la hierba... Pero bien aprisa él le gritaba: "¡Solena!", corría detrás de ella, pasaba el brazo en derredor de su cintura, que sentía cálida y como desnuda a través del zurrón, e iban así callados, a lo largo del agua murmuradora, para sentarse más lejos, en otra hierba, a la sombra de otra arboleda...

Pero poco a poco la tarde caía. Ella de nuevo cogía su rueca, llamaba al mastín. Gil murmuraba: "¡Todavía no!..." Y cuando, al fin, habiendo repetido infinitamente: "¡Adiós, Dios te guíe!"; y Solena subía el otero, con sus ovejas detrás, él quedaba aún mirando de nuevo los lugares donde habían pisado la hierba, el agua en que había sumergido los pies, todo aquel arbolado por donde volara su cántico. Después, montando, con un gran suspiro, recogíase bajo la dulzura de la tarde, sintiendo también en su alma la tristeza de un oscurecer.

Un día, llegándose junto al ribazo, y habiendo tocado su bocina, no oyó ladrar al mastín; ni Solena apareció con sus ovejas detrás... Impaciente, corrió a la cima del otero, y hasta donde sus ojos inquietos podían abarcar no divisó rebaño ni pastora. Aun esperó errando tristemente junto al agua y bajo los árboles. Y sólo cuando oscureció volvió a cabalgar, tan triste, recogiendo el paso,

con las riendas sueltas, que un grupo de segadoras, que pasaban cantando, cesaron en su cántico y se le quedaron mirando compadecidas. A la cena sus labios nada tocaron; y apenas Frey Munio dió las gracias, él, besando a su madre con una ternura más viva, corrió a su aposento, cayó sobre un escabel delante de un retablo de la Virgen, y allí quedó toda la noche, perdido en una nostalgia que no tenía nombre ni fin:

¡Con qué ansiedad, de madrugada, corrió de nuevo a la fresca fuente donde "se le había quedado el alma"!... Pero el sol iba alto y ya tres veces había tocado la bocina, y ni el mastín ladró ni apareció la pastora. Entonces, desesperado, echóse a galopar por valles y oteros, rodeando todas las espesuras de bosques, parándose a mirar el fondo de los barrancos, subiendo a las cimas, gritando por los despeñaderos el nombre de Solena. Mas en derredor suyo sólo había soledad y silencio...

Por la tarde divisó a una vieja, que subía por una cuesta, apoyada en su bordón, cargada con un haz de leña... Corrió e interrogó a la vieja; pero ella, idiotizada y extraviada, no le comprendía; y Gil otra vez se marchó sin esperanza, no viendo los caminos por donde corría, con las lágrimas que le bailaban en los ojos. Ya el sol se ponía, cuando junto a una cruz que se levantaba entre las tres encrucijadas encontró a dos hombres que descansaban, uno sujetando por la mano

a un burro cargado de vasijas, otro con dos liebres muertas a las espaldas, colgadas en una lanza; al ver a Gil, que había cogido las riendas, el cazador quitóse la gorra de piel de raposa y dobló la rodilla como un siervo; pero cuando Gil le preguntó por la pastora y por el rebaño, ni él ni el hombre del burro le supieron informar. Gil, exhalando un gran suspiro, entróse por el camino de Gonfalim.

Toda la noche veló en una ansiedad mortal. Ya la suponía inconstante, olvidada de él, habiéndose llevado para otro sitio, a la vera de algún pastor como ella, su rebaño y su lindo cantar; ya la imaginaba en la granja del amo, enferma o muerta tal vez, devorada por los lobos, arrastrada por las aguas de un torrente...

Y su desesperación era el no saber cuál era el amo y cuál la granja en que servía, donde él pudiese correr y saber la verdad. La antorcha de cera que ardía en un rincón estaba derretida. Ya la mañana clareaba... Abrió la puerta, bajó al patio, a la huerta, a esparcir su dolor en la frescura de los ramajes. Un hombre que apagaba una linterna en el muro de la caballeriza corrió hacia él, quitándose su gorro de piel de raposa. Gil reconoció a un Pero Malho, halconero, que desde Navidad había tomado a su servicio en la casa solariega.

—¡Mi señor!—dijo el hombre—. La pastora por quien ayer preguntabais en el crucero, cuan-

do yo estaba allí con dos liebres a las espaldas, ¿guardaba unas diez ovejas y tenía un podenco amarillo?...

Gil agarró el brazo del hombre y dijo impaciente:

—¡Dí!...

Entonces Pero contó que el podenco había sido hallado muerto; un arriero había encontrado allá adelante las ovejas perdidas; de madrugada había pasado por ese sitio una bandada de hombres de armas que venía del lado de Aguiar. La pastora había sido robada, seguramente...

Gil quedóse más blanco que la cal del muro que tenía por detrás. Y con un tono de mando y de fuerza, como si aquel dolor por el cual venía penando el doncel hubiese hecho surgir al Hombre, ordenó a Pero que diese aviso a los hombres de armas, que se armase él de una lanza pequeña y de loriga y estuviesen todos con caballos al pie del Portillo del Haya. Después subió las escaleras de piedra, y en la vieja sala de armas, donde hacía tanto tiempo no entraba la gente del servicio para sacudir el polvo, vistió la cota de malla y el capelo que su padre le había dado, cogió una lanza de monte y armado, habiendo hecho la señal de la cruz, descendió despacito para que ni las ayas se diesen cuenta y fué al Portillo, donde uno a uno, espantados, aun con los ojos hinchados de sueño, iban llegando los hombres de armas.

Eran los siete que había en el caserón solariego; y ya viejos, habiendo perdido en las labores agrícolas los hábitos del capelo y de la cota, que se habían oxidado, y con las lorigas de cuero mal juntas, los arneses mal atados, montando jarmelgos viejos, a los cuales quietos años de sueño y ración abundante habían quitado la ligereza y el garbo, formaban un grupo de hombres toscos y flojos a la par, de quienes se reiría cualquier buen caballero volviendo de la frontera y de los moros.

Pero cuando el señor don Gil en su gran caballo flavo sacudió la lanza y partió, allá galoparon, mal acostumbrados a la silla, enrollando a veces en la crin las manos callosas del arado y del azadón.

Bien deprisa, sin embargo, se detuvo la carrera, porque don Gil apenas sabía lo que le llevaba, así armado, con su roncera mesnada de siete hombres de trabajo, a través de los campos quietos. Y sus bellos ojos de nuevo se nublaron de lágrimas de doncel, sintiendo que su gran cólera era vana y sin blanco, como una lanza blandiéndose contra el viento. ¿Adónde ir?... ¿Contra quién correr?... Si la pobre Solena había sido robada, ¿para dónde la habían llevado sus raptadores? ¿A qué solar pertenecían?... ¿Cómo tomar el desquite con esos siete hombres mal armados?...

—¿Qué hacer, Pero?

A su lado, Pero Malho, montando un corcel pequeño de largas crines, con una loriga de tiras de cuero negro, había ocupado el sitio del escudero. Y con su lanza atravesada en la silla, rasándose la barba rapada, pensativamente, terminó por aconsejar que se fueran por los caminos y por las fincas, indagando del paso de esos hombres armados que habían venido de Aguiar.

—Así sea, Pero Malho.

Y todo el día, por valles y oteros de aquella tierra poco habitada, la cabalgata trotó bajo el sol de Agosto...

Pero ni un trajinante que conducía cantando sus machos, ni un grupo de juglares que iban para la feria de Vouzella, ni dos mozas que cavaban a orillas de una finca solitaria, le supieron decir nada de los hombres que buscaban. Por la tarde, cuando el sol descendía, yendo por una encrucijada entre cerros, divisaron en lo alto la torre negra y las almenas de un palacio acastillado. El puente levadizo estaba levantado y todo parecía desierto, en la tristeza del poniente... Don Gil hizo sonar su bocina; ningún vigía apareció entre las almenas. Pero habiendo bordeado el cerro y entrado en un campo que un vallado cercaba, dos hombres corrieron, con chuzos, gritando:

—¡Por aquí viene gente de honor! ¿A qué venís?...

Pero Malho, alzado en los estribos, gritó:

—¿De quién es la torre?

—De Lanhoso y no hay aquí nadie.

La cabalgata siguió, mientras otros hombres, ballesteros y mozos de monterías, se acercaban al zarzal, gritando también con tono de ofensa y de riña:

—¡Por aquí hay gente de honor!...

Don Gil, cuyos ojos centelleaban, había cogido las riendas y apretaba la lanza; pero ya Pero Malho le retenía con buen consejo. ¿De qué servía reñir? ¡Con siete hombres no se asaltaba un castillo!...

Los labios de don Gil temblaban. Tal vez dentro de aquellos muros estaría ahora la pobre Solena, perdida sin remisión. ¿De qué servía andar en la vana empresa?... Los hombres violentos que la habían raptado estaban seguramente metidos con ella dentro de murallas y torres. Sólo el poder del Rey la podría libentar... No él, con sus siete criados... Y aunque cayese sobre aquellos o sobre hombres de otro castillo, ¿cómo saber si eran esos en verdad y si no sería inocente la sangre que corriese?... Sólo le quedaba llorar a aquella flor que él había descubierto y que otros habían cogido.

En esos pensamientos le cogió la noche y fueron a pernoctar a una finca donde el pobre rentero, un viejo, quedó aterrado al ver a aquel Señor, con sus hombres de armas, que de fijo vaciarían su gallinero y llevarían la paja de su

pajar sin darle un maravedí. Pero cuando Gil declaró que todo lo pagaría al precio de Vouzella, fué una fiesta en la granja, hasta deshora, en torno de una gran hoguera; y los hombres de armas vaciaban los jarros de vino, riéndose de las historias que contaba el facundo Pero Mallio.

Don Gil, envuelto en su capa, pensaba en Solena, en las tardes junto a la ribera y en aquella debilidad de sus brazos que no la podían salvar... Pero aunque la arrancase de entre los hombres brutales que la habían raptado, ¿sería ella la misma Solena que arrullaba en los brazos al corderillo blanco?... ¡No, Virgen Santa!... El fango había ensuciado el agua blanca. La pata del buey había pisado la flor silvestre. ¡Ay de él! De la Solena que él había conocido, nada quedaba y era como si ella muriese y su lindo cuerpo, que blanqueaba entre los desgarrones del sayal, estuviese pudriéndose en la fosa oscura. Las lágrimas, al pensar así, caían en sus mejillas; pero la violenta angustia había cesado como un temporal, y ahora quedaba una *saudade* en su alma, tranquila y dulce como la luna triste que derrama su luz por los campos después que pasó la tormenta...

Por la mañana, habiendo montado ya sus hombres, no quiso recogerse a su casa solariega. Era como una esperanza de poder tal vez aún socorrer a la mísera pastora y una vergüenza de volver a posar en la sala de armas, entre el polvo, su lanza, que no había servido para nada.

Todo el día trilló los caminos al acaso. Al pasar por las granjas hacía resonar su bocina. Si divisaba a algún caballero montado en su mula de jornada, se detenía, con la lanza a plomo sobre el arnés; el caballero pasaba quitándose el gorro y don Gil reanudaba la marcha. A veces, nervioso, impaciente, lanzábase en una enorme carrera, hasta que hombres y caballeros se detenían jadeando...

Y en el hondo despecho que sentía, con aquellas correrías sin rumbo y sin gloria, deseaba al menos encontrar un lobo, un toro bravo que derribar. Sus hombres, cubiertos de polvo y de sudor, blasfemaban ya sordamente.

Al ponerse el sol, divisando un pinar que cubría un otero, sintieron de repente un grito y después otro. "¡Loado sea Santiago!", exclamó al punto Pero Malho. Don Gil, soltando la rienda, corrió hacia el bosque oscuro; y en un barranco vieron, entre fardos y cajas caídos de la mula que los cargaba, a tres hombres de armas que amarraban a un tronco a un viejo, mientras ataban con una cuerda los pies de un muchachito, lleno de sangre en la boca... Los tres caballos de los hombres esperaban al borde del pinar; y antes de que don Gil sacase la lanza, ya los tres hombres, saltando sobre los caballos, huían furiosamente...

El buen caballero lanzóse sobre ellos con dos de sus solarengos; pero, conociendo seguramente

los caminos que se cruzaban entre la arboleda, los tres hombres habían desaparecido en la espesura. Entonces volvióse hacia el viejo, a quien Pero había desamarrado, y que, todo temblando y balbuceando, contó que iba con el nieto a llevar dos yardas de paño de burriel al palacio de los Señores de Solores, cuando había sido asaltado y golpeado. El muchachito tenía dos dientes partidos, un hombro con la carne rasgada de una lasca de piedra, y don Gil lamentó no saber, como debe saber todo caballero, el arte de curar las heridas. Hizo montar al niño, que se desmayaba, a la grupa de Gundes, su hombre de armas, que traía el caballo más recio; la carga fué echada sobre la mula, y tres de sus solarengos, con Gundes, acompañaron al recadero al caserón solariego de Solores... Después, cuando vió al viejo marcharse, así bien escoltado, corrió hacia Gonfalim, tan alegre ahora y satisfecho de la vida, que rompió a cantar... La noche había cerrado cuando la cabalgata llegó al puente levadizo de la casa solariega...

La servidumbre esperaba con antorchas; y Gil, al desmontar, cayó en los brazos de don Ruy y de doña Teresa, que, sin saber hacia donde había marchado el hijo de su corazón, con caballos y armas, habían pasado dos días en lo alto de la torre de la Atalaya, oteando ansiosamente los caminos, temblando a cada nube de polvareda que a lo lejos se formaba y haciendo ricas pro-

mesas a todos los santos del Cielo... Pero cuando le vieron tan airoso y tan fuerte, en su armadura, ni le reprendieron por el terror que les había causado, embebidos con su gallardo caballero, que les parecía tan bello como San Miguel armado. Doña Teresa pasaba las manos con amor por la cota bruñida. Fué don Ruy quien le desembarazó de la rodela y de la lanza. Y cuando a la cena, el buen Señor supo cómo había libertado al trajinante y al nieto, y cómo los tres bandidos habían huído, no pudo contenerse en su entusiasmo, y gritó, dando un puñetazo en la mesa que hizo temblar los jarros de estaño:

—¡Vida de Cristo!... ¡Que nunca oí ni sé que se cuente en los libros de más justa hazaña!...

V

Entonces comenzó este mozo gentil a amar sobre manera las armas. Pero por ellas no olvidaba a la linda Solena robada; y si ahora se empeñaba en ser un fuerte y diestro caballero, era porque soñando una noche con ella la había visto en el fondo de una torre, con los cabellos sueltos y grilletes en las manos, que le decía a través de lágrimas: "Si no pudiste socorrerme a mí, pobre pastora, que sólo te tenía a ti en el mundo, dedícate por amor y recuerdo de mí a so-